

PRELATURA DEL OPUS DEI

JOSEMARÍA ESCRIVÁ Y LOS RELIGIOSOS

Afirmaba Álvaro del Portillo, al evocar la figura de Josemaría Escrivá: «amó siempre, respetó, y en lo que le fue posible ayudó a los religiosos, predicando tandas de ejercicios a religiosos y religiosas, animando a personas que le pedían consejo a seguir la vida religiosa si presentaban síntomas de vocación, y prodigándose por la unidad -que no significa uniformidad del apostolado, por la que los miembros del Opus Dei rezan a diario».

Entre los escritos de Josemaría Escrivá se conserva un autógrafo muy expresivo, dirigido a los fieles del Opus Dei: «**Una gran misión nuestra es hacer amar a los religiosos**». En este sentido, aludiendo a los fieles del Opus Dei, afirmaba Fray Joaquín Sanchís Alventosa, franciscano: «Me llamó vivamente la atención el cariño y las deferencias que tenían con nosotros, religiosos franciscanos, aquellos universitarios que empezaban a vivir una espiritualidad seglar. Esta veneración era muestra del amor al estado religioso que Mons. Escrivá infundía en esos hijos suyos, que buscaban la santificación en medio de sus afanes profesionales».

Existen numerosos ejemplos en su vida de ese amor al estado religioso. Dejó consignado claramente en sus Apuntes íntimos su devoción por **Domingo, José de Calasanz, D. Bosco, Teresa, Ignacio, Xavier, Teresita**. El mismo modo de denominarlos revela su confianza y cercanía con estos grandes santos, a los que hay que sumar muchos más, como san Agustín, san Antón...

A santo Domingo lo consideraba un modelo de amor a Dios, y así lo dejó por escrito en varios puntos de *Camino*. Con su paisano José de Calasanz le unían lejanos vínculos de parentesco, ya que su abuelo paterno había nacido en Peralta de la Sal, cuna del fundador de las Escuelas Pías. Recordaba en su predicación: **Ese santo, José de Calasanz, decía: -si quieres ser santo, sé humilde; si quieres ser más santo, sé más humilde; si quieres ser muy santo, sé muy humilde.**

El nombre de santa Teresa de Ávila aparece con frecuencia en sus labios y en su pluma, lo mismo que el de santa Teresa de Lisieux y san Juan Bosco, al que veneraba y admiraba por numerosas razones, entre otras, por su gran alegría y sentido del humor. Y recordaba recientemente el Prelado del Opus Dei su «gran devoción a san Ignacio de Loyola. ¡Qué fuerte abrazo se habrán dado en el Cielo!» Recomendó muchas veces la lectura de la vida del fundador de la Compañía de Jesús.

Barbastro, su ciudad natal, es pródiga en mártires, y muchos de ellos han sido religiosos. Sufrieron martirio durante la guerra civil nueve padres escolapios, 51 religiosos y novicios del Corazón de María y 20 benedictinos del monasterio de Pueyo. Entre los parientes cercanos de Escrivá está su padrino de bautismo, Mariano Albás Blanc, que murió asesinado a causa de la Fe, tras enviudar y ordenarse sacerdote. Tenía, además, varios tíos sacerdotes y dos tías religiosas, hermanas de su madre: Pascuala, Hija de la Caridad y María Cruz, María de Jesús en religión,

carmelita calzada, con la que tuvo una larga correspondencia espiritual durante su juventud. Escribiría años después su deseo de ayudar en lo posible, pidiéndoles oraciones, a **las monjitas del Convento de S. Miguel de Huesca (las tengo predilección) y los leprosos de Fontilles**. Concluía: **Por mucho que les diéramos, saldríamos ganando.**

Aprendió de sus padres ese amor y veneración por el estado religioso: estaba vivo el ejemplo de su padre, que pidió consejo, en una situación económica muy difícil para la familia, a un claretiano de Barbastro. Se formó en dos colegios de religiosos de esa ciudad aragonesa: a los tres años comenzó a ir al Parvulario en el Colegio de las Hijas de la Caridad de Barbastro, en el primer colegio de niñas que tuvo en España la Congregación de San Vicente de Paúl y Santa Luisa de Marillac. Estuvo allí de 1905 a 1908, y años después experimentó un gran dolor -hasta llegar a las lágrimas- al saber que una de esas religiosas, amiga y compañera de su madre, había sido asesinada durante la guerra civil.

A los siete años pasó al Colegio de los Escolapios de Barbastro, también el primero que estos religiosos abrieron en España. Fue un escolapio, el padre Manuel Laborda de la Virgen del Carmen, por quien tuvo siempre Comunión, y le enseñó una oración de comunión espiritual que recitó durante toda su vida y que animó a rezar a miles de personas.

Dios quiso que sintiera en su alma la llamada de Dios tras ver las pisadas en la nieve de un carmelita, el Padre José Miguel de la Virgen del Carmen, en Logroño, en un día de fuerte frío de las Navidades de 1917-1918. Tras conversar con este religioso -al que recordó en público, con profundo agradecimiento, muchas veces a lo largo de su vida- determinó ser sacerdote.

Nació aquí su profundo amor a la Orden del Carmelo. Escribió en sus Apuntes íntimos: Mi Madre del Carmen me empujó al sacerdocio. Yo, Señora, hasta cumplidos los dieciséis años; me hubiera reído de quien dijera que iba a vestir sotana».

Durante sus primeros años en Madrid, mientras trabajaba con los pobres y enfermos de las zonas más necesitadas de la ciudad, trató, como capellán del Patronato de Enfermos, a Mercedes Reyna O'Farril, una Dama Apostólica del Sagrado Corazón que se dirigía con el Padre Rubio, hoy beatificado. Mercedes Reyna, a la que Josemaría atendió sacerdotalmente en su última enfermedad, falleció en olor de santidad en 1929. Desde entonces el joven fundador se sintió inclinado a confiarse a su protección. El 31 de julio de 1929 inició una novena para pedirle favores. Escribía a una hermana de esta religiosa: Estoy haciendo a Merceditas una novena (comencé el día de S. Ignacio) yendo a visitar todos los días su sepultura: son dos cosas muy precisas las que le pido.

La relación de religiosos a los que trató a partir de entonces hasta el final de su vida no puede consignarse en la brevedad de un artículo. Es un dato significativo que entre las miles de personas que solicitaron al Papa que se abriera la Causa de Beatificación hubiera 41 Superiores religiosos, y que entre los testigos principales del Proceso de este pionero de la espiritualidad laical, hubiera cinco religiosos.

Se han publicado los testimonios de muchos de ellos, pertenecientes a las Órdenes más antiguas y a las más modernas coogregaciones; pueden citarse los ejemplos de Fray José María Aguilar Collados, Jerónimo; de la M. Milagros del Santísimo Sacramento, Carmelita descalza; de su buen amigo, el salesiano Vicente Ballester; de Dom. Pío María Calvo, monje camaldunense; del agustino Félix Carmona; de sor Engracia Echeverría, Hija de la Caridad y testigo de su labor entre enfermos, muchos de ellos tuberculosos, en el Hospital del Rey, en los difíciles tiempos de la preguerra española; de Sor María del Buen Consejo, Agustina Recoleta; del padre dominico José María de Garganta, y de tantísimos otros, como Asunción Muñoz, Dama Apostólica del Sagrado Corazón; el franciscano Joaquín Sanchís; o el Cartujo fray Hugo Quesada, al que encaminó hacia la Cartuja: **El Espíritu Santo** -le dijo en 1942- **te lleva por esos caminos**.

En los años 40 una chica que quería entregarse a Dios como religiosa fue a visitarle y le dijo que necesitaba una cantidad de dinero como dote. A pesar de que el fundador atravesaba graves estrecheces económicas le preguntó a Isidoro Zorzano -uno de los primeros miembros del Opus Dei, en proceso de beatificación- cuánto dinero había en casa. Y se lo dio todo.

Existen testimonios también de su amistad y colaboración espiritual con fundadores de Congregaciones religiosas, como la sierva de Dios Luz Rodríguez Casanova, fundadora de las Damas Apostólicas; o la sierva de Dios Madre Esperanza, fundadora de las Esclavas del Amor Misericordioso, a la que confortó y ayudó cuando esta fundadora atravesaba una prueba de incomprensión.

Pidió a otros religiosos, como el dominico Silvestre Sancho que fueran profesores de los primeros sacerdotes del Opus Dei mientras se preparaban para el sacerdocio; y dirigió numerosos ejercicios y cursos de retiro a religiosos y religiosas, como recuerdan, entre otros muchos, los agustinos del Monasterio del Escorial. El Padre Licinio González, que asistió a unos ejercicios en 1944 testimoniaba tiempo después, tras la muerte de Josemaría Escrivá en 1975: «me dejaron una impresión tan profunda que no se ha borrado con el paso de los años».

Acudió al consejo y la dirección espiritual de su alma -no del Opus Dei, para el que Dios le daba gracias y luces especialísimas- a varios sacerdotes y religiosos, como el jesuita Valentín Sánchez, con quien se dirigió durante los años treinta, el claretiano Juan Postius o al corazonista Recaredo Ventosa, con el que coincidió en un refugio, durante la guerra civil.

Ayudaron en los comienzos del Opus Dei en diversos países numerosos religiosos, como Sor Lucía en los inicios de la labor apostólica en Portugal o el benedictino Alfredo Schuster, recientemente beatificado, en los primeros pasos en Milán. Schuster tuvo una intervención decisiva en la historia del Opus Dei, como señalan los biógrafos de Escrivá.

Esto son sólo algunos trazos para mostrar el profundo amor que tuvo esta figura de la Iglesia por los religiosos durante toda su vida. Y que sigue teniendo tras su muerte: fue precisamente la curación milagrosa de una religiosa, Sor

Concepción Bouillón Rubio, Carmelita de la Caridad, la que dio paso a su beatificación en 1992.

Su veneración por el estado religioso se puso especialmente de manifiesto durante su Causa de Canonización, en el que actuó el P. Rafael Pérez, agustino, juez delegado para el proceso de Madrid. Tanto él como el dominico Ambrogio Eszer, Relator general de la Congregación para las Causas de los Santos, han testimoniado su profunda vida interior, y su amor a Dios que le llevó a una honda comunión eclesial.

Es lógico -amor con amor se paga- que haya en la actualidad tantas comunidades religiosas Cooperadoras del Opus Dei en todo el mundo, que ayudan con sus plegarias y constantes oraciones; y que, como se lee en la Hoja Informativa del beato Josemaría Escrivá, haya novicios que, agradecidos a sus enseñanzas, elijan el nombre Josemaría al entrar en religión.

LOS NIÑOS SE ASOMAN A LA FAMILIA

Comunicado del IV Encuentro general de niños del Movimiento Junior, celebrado del 9 al 14 de julio en Armenteros (Salamanca) bajo el lema «La familia, un bien de todos»

El Junior es una organización católica en la que se hacen acciones, y se trabajan temas que interesan a los niños y afectan a todo el mundo.

Nos hemos reunido en Armenteros (Salamanca), del 9 al 14 de julio, unas 500 personas entre niños, educadores e invitados. Los niños que hemos venido representar a los niños y niñas de nuestras diócesis.

El IV Encuentro General de Niños es el final del trabajo de todo el año, de todos los grupos de niños del Junior y de todas las diócesis sobre el tema de la familia.

Los niños y niñas del Junior hemos decidido tratar este tema porque queremos analizar nuestras familias, cómo son, cómo nos sentimos en ellas, profundizar en las causas y consecuencias de lo que vayamos descubriendo, poner medios para mejorar lo que no nos gusta y reforzar los aspectos positivos.

«La FAMILIA, un bien de todos» es el lema que elegimos. Esta frase nos gusta porque es de todos y a todos interesa. Creemos que a la familia hay que cuidarla como a un juguete. Es necesaria e importante para nosotros, y por eso es bien de todos.

A principios de curso estuvimos viendo cómo son las familias de ahora, y descubrimos entre otras cosas que:

- Muchos niños pasamos mucho tiempo solos, porque nuestros padres trabajan.
- Las madres son las que más trabajan en casa.
- Tenemos poca comunicación en la familia, y la poca que hay, algunas veces es gritando.